

# **Globalización, nuevos sujetos sociales y competitividad territorial**

**Juan José Santibáñez  
Alejandra Sánchez**

En este trabajo se analizan algunos de los cambios más significativos en la estructura agraria mexicana, derivados del acelerado proceso de globalización de la economía del país. Frente a dicho proceso se propone atender la reestructuración de las relaciones que dan sentido y lugar a los productores rurales, lo que permite identificar nuevas tendencias en su perfil social, así como la base de su novedad: la competitividad.

La discusión se presenta en un orden distinto de dicha relación, ya que la fuerza de las políticas contemporáneas invita a iniciar el análisis por el renglón económico (o economicista se decía anteriormente) de la competitividad. Se revisan algunos de los supuestos de la teoría de las ventajas competitivas, que dan un especial sentido a las políticas de liberalización de la agricultura y que, como se muestra brevemente, batieron récord de rapidez en nuestro país. En este apartado se mencionan algunos de los principales cambios de la producción rural (que sólo pretenden ilustrar los mismos), para entender el difícil escenario de los nuevos sujetos sociales.

Después de este análisis se retoma el tema de los sujetos sociales: se evalúa, en una dimensión cualitativa, su grado de competitividad y las dificultades que tienen para expandir sus tendencias territoriales al resto de la sociedad nacional. En esta parte se explican las razones del papel tan destacado que tienen para la vida nacional ciertas organizaciones de productores, la manera como muestran el lado oscuro del neoliberalismo, y finalmente, el problema de cómo una política tecnoproductiva no sólo altera la relación de la economía con la política sino que pone en grave peligro la existencia del vínculo de los productores rurales con su medio, y el de esas sociedades locales con el entorno nacional.

## Competitividad y neoliberalismo

Los desacuerdos en torno a las pautas de acción social que orientan las decisiones de los productores rurales se iniciaron ya hace años en nuestro país y devinieron un problema de difícil solución teórica y política. La célebre polémica de campesinistas y descampesinistas desarrollada a lo largo de la década antepasada partió de una discusión en gran medida premonitoria de los males por venir. Ésta se originó por la manera como se valoró el desempeño productivo de los campesinos, según tipos o tamaños y de acuerdo con ciertos parámetros de medición de la eficiencia económica. Mientras en la terminología de algunos investigadores agrarios se hablaba de la eficiencia de los productores familiares y de la ineficiencia de los multifamiliares, otros se referían a la extrema ineficiencia de los campesinos, que se caracterizaba por una producción en condiciones tecnológicas muy rezagadas y con grandes volúmenes de ocupación de mano de obra.

Naturalmente que de esa valoración —teórica— se derivaban conclusiones y posturas políticas diversas frente a los productores campesinos o, más directamente, los ejidales; y más aun, se originaron tendencias históricas de desintegración de ese mundo rural.

Esta discusión tendió a perder sentido debido a que se esperaba el advenimiento de una sociedad distinta; sin embargo, sus protagonistas no se percataron de que el propio capitalismo estaba desarrollando una estrategia de gestión de la crisis, cuyos propósitos de racionalización se basaron en la idea de la improductividad campesina.

Ya se tratara de una incapacidad de la agricultura campesina habituada a producir en los niveles demandados por la población rural o bien por el ejercicio de “transferencias de valor” de los campesinos hacia el resto de la sociedad, el caso es que se había llegado al límite de una situación en que no se podían prolongar o esa ineficiencia o esa explotación rural. En definitiva, se trataba de una réplica del retraso de la vida productiva rural.

No cabe duda, entonces, que por cualquier vía se esperaba con ansiedad una alternativa. La opción adoptada, por cierto no tan urgida por el Estado mexicano, fue la de asociarse con las tendencias mundiales de la liberalización.

En el marco de las ventajas competitivas se trata de comparar la capacidad dinámica que tienen las empresas o entidades productivas para agilizar la incorporación de innovaciones tecnológicas, a fin de mejorar la calidad del producto y la competitividad en costos, de modo que las empresas permanezcan en condiciones de satisfacer la demanda del mercado.

Para el sector agropecuario es notable la segmentación que esto produce en términos de su capacidad exportadora. El crecimiento alcanzado por ciertas regiones y países en la proporción del comercio mundial agrícola es claramente diferenciado: los países desarrollados tienen una mayor capacidad de exportación, lo que a su vez ha desembocado en una mayor capacidad de crecimiento de su importancia en la cobertura de ese mercado; en cambio, los países no desarrollados se encuentran en condiciones desventajosas desde el punto de vista de la competitividad. A excepción de los países asiáticos más dinámicos (Malasia, Korea, Taiwan, Vietnam, Thailandia), la velocidad de crecimiento de la capacidad exportadora de bloques como el de América Latina es sumamente débil.

Solamente en el periodo 1970-1976 se observó una mayor presencia de América Latina en el mercado agrícola. En los últimos años se ha visto una acelerada caída de esa participación.<sup>1</sup> En el caso de México basta mencionar la desigualdad y concentrada capacidad de exportación de su sector agrario. Las exportaciones recientes a los Estados Unidos sólo recibieron un tenue estímulo de la devaluación de 1994 y, a pesar de la aparente apertura comercial por la vía del TLC, las ventajas competitivas del subsector alientan poco los cálculos del desarrollo nacional. En el cuadro 1 se muestra el tipo de productos que encuentran la exportación agrícola.

Atendiendo al resumen de la exportación de productos agropecuarios se observa un descenso entre 1995 y 1998 superior al 10%. El total de exportaciones agropecuarias de 3 323.5 mdd en 1995 decreció a 3 197.3 mdd en 1996, pero la estructura de los productos exportados, en el sentido indicado por el cuadro, no varió significativamente: café, legumbres y hortalizas y jitomate representan casi las tres cuartas partes de la exportación de ese subsector (cuadro 2).

**Cuadro 1**  
**Indicadores de competitividad**  
**en la exportación del sector**  
**agropecuario mexicano\***

<i>Mercancía</i>	<i>Valor</i>
Total de exportaciones agropecuarias	433 532
Exportaciones no competitivas	83 820
Bananas	1 959
Café (incluidos productos)	77 282
Cocoa y sus productos	2 499
Especies	511
Fibras (excepto algodón)	453
Esencia de aceites	750
Exportaciones competitivas	349 712
Verduras y preparados	190 807
Tomates (MT)	62 429
Animales y sus productos	19 062

\* Fuente: Departamento de Agricultura de Estados Unidos. Se incluye el comercio con ese país hasta marzo de 1996. No se expone el total de la exportación por razones de espacio. No obstante, estos datos son ciertamente indicativos de la tendencia de competitividad en términos de volúmenes.

**Cuadro 2**  
**Comercio exterior agropecuario 1995-1996**  
**productos seleccionados. Millones de dólares**

<i>Producto</i>	<i>1991</i>	<i>1996</i>
Legumbres y hortalizas	929	742
Café	706	677
Jitomate	585	539

Es decir, se tiene una estructura de exportación agrícola altamente concentrada, poco dinámica y sólo competitiva en algunos renglones. En el caso del café, por ejemplo, se trata sólo de una presencia relevante por asuntos de comparación, no de competencia.<sup>2</sup>

Uno de los factores que contribuyen a limitar la competitividad agrícola proviene directamente de la rapidez con la que se negoció la apertura del comercio con Estados Unidos y de la abrupta desprotección al mismo sector de productores rurales, al desmantelarse indiscriminadamente el sistema de subsidios. Es cierto que el gobierno mexicano no tenía mucha prisa en elevar la competitividad de la producción agrícola. No se pueden localizar políticas de apoyo a la investigación tecnológica, a la integración de las cadenas agroindustriales o a las actividades de comercialización.

De modo que en cuanto se hizo necesario apresurar el paso lento del gobierno (por las razones dichas) la desprotección a la agricultura tuvo terribles consecuencias. No hubo espacio de maniobra para quienes se quisieron enrollar en las filas de la competencia internacional. México se lanzó precipitadamente al abismo de la mayor apertura comercial (véase cuadro 3).

Actividades como la producción de leche, soya, sorgo o aun la madera fueron duramente golpeadas por la competencia externa. Sólo el “error de diciembre” mitigó la velocidad con la que se desplazaba del mercado interno el viejo abastecimiento nacional de esos productos. Desafortunadamente la política monetaria incierta no se acompañó de estímulos a la modernización agrícola. La siguiente gráfica muestra los resultados en el PIB agropecuario.

Un problema especial se derivó de las decisiones monetarias de devaluación. Los costos del dinero para la producción agropecuaria se elevaron exorbitantemente, lo que indujo una rápida movilización rural en protesta por las altas tasas de interés y por el difícil acceso al escaso crédito asignado a este sector.

Los estímulos a la exportación sólo provinieron del exterior. El repunte en el precio del café ayudó a amplias capas de la población rural a activar sus procesos de renovación de plantaciones y de reorganización colectiva del proceso de comercialización. Los pro-

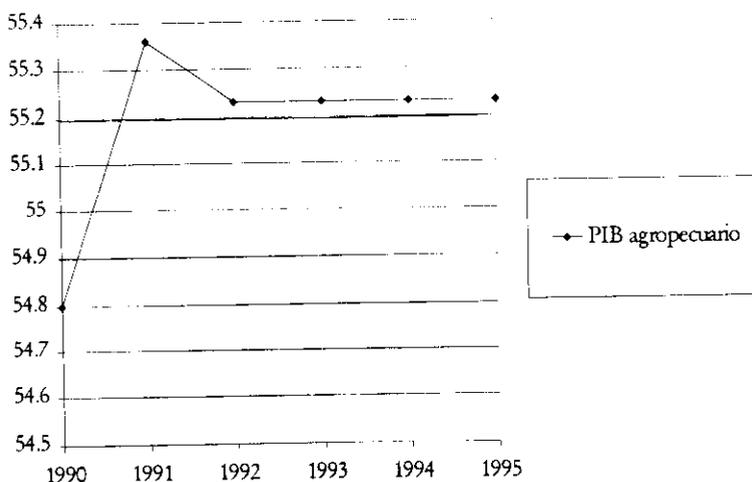
<sup>2</sup> A pesar de los “acuerdos” de libre comercio, los tomateros mexicanos han tenido continuo roce con las autoridades estadounidenses que siguen deteniendo o regulando el acceso del jitomate mexicano a esa nación. Véase *El Financiero*, 10/X/96.

**Cuadro 3 Algunos indicadores de los sistemas comerciales antes y después de las reformas**

País	Tasas arancelarias legales. Medidas no ponderadas (%MDFR/MDNM)		Escala de aranceles (%)		Alcance de las restricciones a las importaciones (% de líneas arancelarias)		Apertura de la economía. Importaciones + exportaciones como % del PIB a precios de 1980	
	Antes de la reforma	Después de la reforma	Antes de la reforma	Después de la reforma	Antes de la reforma	Después de la reforma	Antes de la reforma	Después de la reforma
Argentina	42p	15	15-115p	5-22	62 <sup>1a</sup>	unos cuantos	38.57	54.32
Bolivia	12m	8	n.d.	5-10	n.d.	mínimo	57.51	83.97
Brasil	51	21	0-105	0-65	39	mínimo	21.17	25.27
Colombia	61	12	0-220	5-20	99	1	28.23	32.66
Costa Rica	53p	15p	0-1 400p	5-20	n.d.	0	58.66	78.97
Chile	35	11	35	11	mínimo	0	44.96	56.34
Ecuador	37p	18	0-338p	2-25 <sup>2a</sup>	100	0	48.73	50.84
Guatemala	50p	15p	5-90	5-20	6 <sup>3a</sup>	0 <sup>4a</sup>	31.31	35.56
Honduras	41p	15 w.p.	5-90	5-20	n.d.	0	62.82	61.76
Jamaica	n.d.	20	n.d.	0-45	n.d.	0 <sup>5a</sup>	105.51	163.49
México	24w	13w	0-100	0-20	92 <sup>6a</sup>	20 <sup>7a</sup>	22.63	34.31
Paraguay	n.d.	16	n.d.	3-86	n.d.	unos cuantos	51.01	63.14
Perú	n.d.	17	0-120	5-25	100	0 <sup>8a</sup>	30.37	41.58
Trinidad y Tobago	n.d.	41p	n.d.	0-123p	n.d.	unos <sup>9a</sup> cuantos	124.89	141.21
Uruguay	32	18	10-55	12-24	0	0	38.04	45.10
Venezuela	37	19	0-135	0-50	40	10 <sup>10a</sup>	49.25	53.29

<sup>1a</sup> Del PIB. <sup>2a</sup> Ecuador tiene también un arancel específico del 40% sobre los automóviles. <sup>3a</sup> Del PIB. <sup>4a</sup> Guatemala tiene grandes restricciones cuantitativas por razones sanitarias y de seguridad, antes de la reforma abarcaban el 29% de la producción nacional de manufacturas. <sup>5a</sup> *Ibidem*. <sup>6a</sup> Del PIB. <sup>7a</sup> Del PIB. <sup>8a</sup> Existen algunas restricciones cuantitativas por razones sanitarias y de seguridad. <sup>9a</sup> A los productos agrícolas solamente. <sup>10a</sup> Otro 8% de partidas arancelarias tiene restricciones por razones sanitarias; antes de la reforma la cifra era de un 5%.

**Gráfica 2. Evolución del PIB agropecuario  
(pesos constantes de 1989)**



---

p: incluidos los recargos; m: arancel medio ponderado según las importaciones; w: arancel medio ponderado según la producción.

---

ductos más maduros en la exportación, como las hortalizas, ciertas frutas y algunos nuevos fueron dando un respiro a la producción agraria. Pero en rarísimos casos se trató de una decisión nacional de competitividad en el marco de la globalización.

La política estatal se concentró en productos como el maíz y se lograron resultados paradójicos. Al convertir el apoyo al precio del maíz en apoyo directo a los productores, se originó un beneficio especial a las zonas con mejor infraestructura que regresaron al patrón regional de producción dominado por el maíz. Una actitud, por cierto, bastante lógica de quienes no podían apoyarse en la voluntad estatal para arriesgarse a la competencia externa.

Los productores del noreste del país se orientaron en esa dirección y el valor de los distritos de riego se puso al servicio de esos grandes productores de maíz. Los esfuerzos, buenos o malos, de privatización de los productores rurales por medio de las reformas al artículo 27 constitucional fueron extremadamente debilitados por la ausencia de una política orientada al fomento o la

**Cuadro 4**  
**Variación de la superficie sembrada**  
**durante el periodo 1989-1993**  
**miles de hectáreas - porcentajes**

<i>Entidad</i>	<i>Maíz</i>		<i>Trigo</i>		<i>Sorgo</i>		<i>Soya</i>	
	<i>hectáreas</i>	<i>%</i>	<i>hectáreas</i>	<i>%</i>	<i>hectáreas</i>	<i>%</i>	<i>hectáreas</i>	<i>%</i>
Sinaloa	260.9	185	-139.3	-59	-97.4	-58	-1 789.7	-70
Guanajuato	134.5	39	-41.7	-24	-135.1	-51		
Tamaulipas	133.5	47	7.6	21	-135.6	-19	-38.5	-52
Sonora	91.9	561	-50.6	-17	-7.9	-67	-6.3	-5
Chihuahua	46.1	17	-15.2	-28	-24.1	-78	-12.9	-71
Michoacán	42.4	9	-14.7	-28	-107.4	-67		
Nacional	515.3	7	-312.7	-26	-836.3	-46	-269.3	-53

protección de las ventajas competitivas.<sup>3</sup> La imagen que proyecta el curso de los acontecimientos, independientemente del tema de la competitividad, deja un amargo sabor de boca. Pero quizá no sea bastante. Vale la pena examinar las tendencias sociopolíticas de este marco macroeconómico.<sup>4</sup>

Para sectores como el de la leche de 1991 a 1992 se observó una caída. En este último año comenzó un repunte de 7 404 millones de litros de leche; en 1994 se llegó a 7 320 millones de litros y en 1995 a 7 399 millones. Es decir, se logró un crecimiento aunque con menor competencia en relación con los efectos del encarecimiento de la importación de lácteos.<sup>5</sup>

Cabe preguntar cómo es posible que sobreviva alguien en esta situación estructural y al mismo tiempo se preserve el margen de

<sup>3</sup> Un interesante análisis de la estructura agroindustrial se encuentra en K. Shwedel, "La competitividad del sector agroindustrial", México, 1996.

<sup>4</sup> En cuanto a la producción del maíz se ha observado un repunte. En un estudio reciente se registra un rendimiento por ha, para el caso de Guadalajara, de 4 ton/ha; de 5.4 en Sonora; de 6.0 en Teotihuacan; y de 7.3 ton/ha en Culiacán y Los Mochis. Véase T. S. de la Peña, "Programa maestro de la agricultura", México.

<sup>5</sup> Cfr. *Indicadores estadísticos*, en ENLACE, año 1.

exportaciones ya señalado al principio. No hay duda que ello obedece a que una buena parte de los exportadores tradicionales son grandes productores o empresas más integradas a los circuitos internacionales de insumos, de crédito y de comercialización. Al menos éste es el caso de compañías como las de Gigante Verde en el Bajío o los tomateros de Sinaloa.

Lo destacado es que dentro de esos grupos tradicionales de exportadores comienzan a aparecer nuevos sujetos sociales. Aspecto que se aborda en el siguiente acápite.

### **Las tendencias sociales en el México postajuste estructural**

La idea de estabilizar la crisis agraria mediante la inducción de un cambio estructural con propósitos sociales en toda la esfera estatal, no puede ser evaluada sólo en las dimensiones productiva y coyuntural. Como lo advierte Arturo Warman en un ensayo sobre la modernización en México, el asunto concierne a cambios de larga duración y afecta las condiciones estructurales de la relación Estado/gobierno-sociedad civil. En este sentido, los propósitos de corto plazo en buena medida están relacionados con aquéllos de más honda huella: esto es, la abrasadora oleada de liberalización de la economía mexicana y su apuesta a la privatización de las relaciones institucionales más significativas para una sociedad cuyo acuerdo se había enorgullecido de su origen rural.

La limitación de los recursos, aunque disminuyó notablemente la investigación y discusión académicas, no impidió totalmente el trabajo de las ciencias sociales. Éste se realizó a la manera de la guerra de baja densidad. Sin el apoyo de las instituciones o de las áreas dedicadas al tema, la reflexión se retardó; en la práctica se fue haciendo y alimentando de la experiencia viva al lado de los actores sociales.

La imposibilidad de reactivar el campo mexicano, a pesar de la relativa disminución de la tasa de crecimiento demográfico, dio pie a la idea de que el modelo de desarrollo en su conjunto debía ser sustituido. La fuente administrativa de esta reorientación fue el creciente déficit fiscal. Las medidas correctivas de ese desbalance co-

locaron al campo en una situación de abandono respecto de los tradicionales subsidios dados a la producción y consumo de la población. La viabilidad de esos cambios o los efectos de la asignación de los recursos productivos por medio de las leyes del mercado fue, sin duda, el centro de los análisis sobre el mundo rural.

Trabajos como los de Fernando Rello<sup>6</sup> insistieron en la dependencia de la actividad sectorial respecto de la política de precios. Pese a que los estudios sobre este tema se concentraron en discutir las hipótesis intervencionistas o neoliberales, sin avanzar en la distinción de los diferentes efectos de una determinada política de precios en zonas de agricultura de riego o con exposiciones sólo temporales a los flujos comerciales, demostraron la gran dificultad de los objetivos de estabilización de precios agrícolas.

En la revisión de esas posibilidades no dejaron de señalarse las limitaciones de la vía mexicana del neoliberalismo.<sup>7</sup> La débil reacción de la actividad fue documentada de modo sistemático; pero al mismo tiempo se expuso el terrible "costo social" de esas medidas.<sup>8</sup> Los saldos de esas políticas de ajuste han sido expuestos de modo breve en los estudios sobre la depresión de las condiciones de vida de la población rural que no ha podido resolver sus problemas de sobrevivencia a partir de programas asistenciales como PROCAMPO, y que en la actualidad se halla en el fondo del abismo de las carteras vencidas.<sup>9</sup>

La situación ha sido planteada como un escenario donde la responsabilidad del Estado esté acompañada por la participación de la población rural. Pero ese nuevo marco, con un sector social orientado por la eficiencia del mercado, se halla socialmente en quiebra. La base teórica de esos proyectos optimistas se remonta a los debates de la década de los setenta. Ahí se habría acuñado la postura antiestatalista de ciertos intelectuales entonces de oposición.

<sup>6</sup> Véase F. Rello, "Ajuste macroeconómico y política agrícola en México", México, 1992.

<sup>7</sup> Véase T. Rendón y R. Escalante, "Neoliberalismo a la mexicana: su impacto sobre el sector agropecuario", 1988.

<sup>8</sup> N. Lusting, "El efecto social del ajuste", México, 1992.

<sup>9</sup> Véase D. Ibarra, "Problemas institucionales y financieros de la agricultura", México, 1995.

## Las organizaciones de productores

En la interlocución Estado-campesinos se mantuvo la producción de trabajos de corte sectorial que, tratando de superar antiguas deficiencias, intentaron reunir la experiencia inmediata de la movilización agraria.<sup>10</sup>

Los estudios recientes sobre este tema tienden a poner especial atención en el aspecto organizativo de los movimientos campesinos,<sup>11</sup> lo cual probablemente se derive del carácter mismo del Estado mexicano que ha conseguido su estabilidad en función del sistema corporativo. O, en el terreno de los hechos, en razón de que los movimientos campesinos han debido competir, dentro de la sociedad organizada políticamente, por ser reconocidos como interlocutores del Estado. Este rasgo parece definirse más claramente a raíz de la relativa flexibilidad inducida en el sistema político mexicano al final de la década de los ochenta.

El reclamo de la tierra, de gestión de sus recursos, etcétera, ha llevado cada vez más a que las organizaciones se propongan a sí mismas como centros de reactivación de la producción rural.<sup>12</sup> La identidad de los grupos campesinos e indígenas en el terreno político ha ido consolidando diversas formas organizativas cuyo proceso es notoriamente innovador para el estudio de la realidad rural. De ese modo, el tema de la organización e identidad de los productores tiene nuevos matices: son menos defensivos y más propositivos. De esta manera el estudio de la organización, de su anatomía y de su movimiento, se convirtió en un tema novedoso y crucial para comprender la envergadura de los fenómenos emergentes.

La importancia del tema se generalizó más allá de los estudios del sector campesino. También, bajo la influencia de los enfoques regionales, se avanzó hacia el análisis de las organizaciones de productores privados; más aun, se trataron las relaciones entre produc-

<sup>10</sup> La mejor representante de este continuo se encuentra en la obra de L. Paré, *Las voces del campo*, México, 1988; véase también, "Movimiento campesino: política agraria en México, 1976", 1985.

<sup>11</sup> Sería propio del tema de los movimientos sociales analizar con más detalle el problema de la orientación de otros elementos del movimiento. Aquí sólo se subraya la dimensión más organizativa. Véase P. C. Mejía y S. Sarmiento, *La lucha indígena: un reto a la ortodoxia*, México, 1987.

<sup>12</sup> A la cabeza de esta tendencia está sin duda la UNORCA.

tores privados y campesinos. El proceso, en esta medida, se fue acercando a las posibilidades de acción regional. Este tipo de enfoque se encuentra con el problema de analizar los fenómenos de la vida rural sin atarse a la perspectiva de uno solo de los actores de esas regiones. Pero al hacerlo no siempre ha conseguido los mejores resultados. En muchas ocasiones se ha caído en una simplificación de los procesos, como efecto de la ausencia de una noción situada por encima de los actores sociales sin recurrir a las anteriores hipótesis fatalistas de la lógica estructural.

Un tema abierto por las teorizaciones anteriores seguramente ha de analizar con más detalle las condiciones internas de cada organización, de modo que sea posible explicar su mayor o menor expansividad. La lógica de la acción colectiva, y sus relaciones con la gestión de bienes públicos, es aún un tema por explorar en la realidad mexicana.

## Los nuevos agentes sociales

Las limitaciones de acceso al crédito, y los altos índices de concentración de éste, llegaron a fomentar la constitución de organismos intermedios a partir de 1989, como las uniones de crédito, con el propósito de sustituir los anteriores canales de financiamiento, y atender a pequeñas empresas rurales y urbanas.

NAFIN y BANCOMEXT impulsaron programas de apoyo a estas figuras crediticias. Llegaron casi a triplicar las uniones de crédito de todo tipo durante el sexenio pasado.

Las instituciones especializadas en esa actividad en el sector campesino se multiplicaron en el mismo periodo y su cartera de crédito alcanzó más de 5 000 000 000 de pesos a mediados de 1994.<sup>13</sup>

De acuerdo con la evaluación del impacto hecha por NAFIN, se verificó un crecimiento más extenso: de 32 uniones registradas en 1989 se pasó a 218 en 1993; en el mismo periodo la atención a empresas creció de 523 en 1989 a 20 000 en 1993.<sup>14</sup>

En el caso de las uniones se observó un fenómeno contrastante.

<sup>13</sup> Véase D. Ibarra, *op. cit.*, 1995, pp. 643.

<sup>14</sup> Véase V. Espinosa, "Pequeña empresa", México, 1994.

Mientras los bancos no registran un crecimiento en su número absoluto, sí lo hacen en cambio respecto de las empresas atendidas. No obstante, los bancos atienden casi diez mil empresas, mientras las uniones apenas apoyan a medio millar. Aunque en 1992 la diferencia sigue siendo significativa, la tendencia muestra un repunte de las uniones. Para ese año dichas uniones atienden alrededor de 10 000 empresas contra 68 000 atendidas por los bancos. En 1994 las 20 000 empresas atendidas por las uniones son ya poco menos de la cuarta parte de las atendidas por los bancos. El resultado conseguido es claro. Las uniones son figuras de intermediación financiera con una cobertura extremadamente significativa en el mercado de dinero.<sup>15</sup>

Una tendencia semejante se ha consolidado en el sector comercial. Para los años 1993 y 1994 poco más del 20% de los volúmenes comercializados por las bodegas del sistema CONASUPO estaba siendo manejado ya por organizaciones de productores o uniones de comercialización.<sup>16</sup>

Programas de índole asistencial, como PRONASOL, insistieron en la promoción de formas colectivas de organización de los productores, de modo que fueran esas organizaciones quienes sirvieran de soporte productivo a los objetivos estatales. Un ejemplo singular ha sido el programa de apoyos especiales a los productores de café. En 1990 se atendió a 59 organizaciones de productores de café y en 1994 el número ascendió a 400. Es difícil precisar la magnitud de los grupos organizados desde el programa de Empresas en Solidaridad, debido a que en este caso fue muy común la figura asociativa grupal, pero estrictamente en términos formales. Sin duda la persecución del propósito neocorporativista también caracteriza este programa.

La idea de privatizar las relaciones productivas estuvo, en suma, estrechamente acompañada de su contrasentido: organizar corporativamente a la clase o clases rurales.

La interacción de los productores ha tratado de convertir ese

<sup>15</sup> V. Espinosa, *op. cit.*, 1994.

<sup>16</sup> Véase V. Flores, *Diagnóstico, problemática y alternativas de desarrollo sectorial agropecuario en México: abasto, consumo y comercialización*, CRUS-Chapingo, p. 12; también T. F. Torres, *El sistema poscosecha y la alimentación nacional. En el sistema poscosecha de granos en el nivel rural: problemática y propuestas*, México, 1995.

objetivo estatal en un propósito apropiado por las uniones de productores. Para ellas no está en juego la transferencia de las funciones estatales a escalas regional o microregional, ahora en la responsabilidad de los productores.

Las organizaciones sociales aceptaron la oportunidad de manejar de modo directo los recursos estatales, de por sí escasos, pero manteniendo el reclamo de la responsabilidad estatal como agente tutor de políticas nacionales cuyos objetivos se sigan refiriendo a corregir los profundos desequilibrios nacionales.

Sin embargo, el argumento estatal es otro. En efecto se puede preservar la idea de concentrar y usar de mejor manera los recursos para apoyo del desarrollo rural: elevar la eficiencia productiva mediante subsidios concentrados y estímulos directos al productor, pero sólo manteniendo la relación Estado-campesinos dentro de las necesidades de legitimidad que representa la población rural.

El Estado mexicano preservó, sin duda, su base populista pero reorientando la clientela política. La nueva estrategia del Estado busca sustituir a su vieja burocracia corrupta e ineficiente por nuevos agentes que le den un mayor margen de eficiencia en el uso productivo de sus recursos e incrementen la base de legitimidad estatal. Como se ha visto en la primera parte de este trabajo, la presión neoliberal apenas se refleja en el tradicional esquema de inserción de la agricultura mexicana en el mercado mundial. No se compara, ni con mucho, al destino de los exportadores del sureste asiático.

Una mirada tan pesimista debe pasar una revisión menos oscura sobre los sujetos que, a pesar de todo lo expuesto, se mueven en dirección de una competitividad productiva, y, sobre todo, social y territorial.

Un tema ineludible es el de las transformaciones de clase y el supuesto de que sólo esos agregados sociales son capaces de generar cambios de dirección del desarrollo. Aun haciendo abstracción, por razones de espacio, del gran contenido de la movilización étnica chiapaneca, el problema sí se ha modificado. La operación de las políticas de ajuste y privatización rural han contribuido en una dirección opuesta a la organización de los productores agrarios. No sólo por el hecho de abandonar el estímulo al agregado "ejidal". Lo han hecho, sobre todo, en virtud de la pulverización o individuali-

zación de los esquemas de mercado propios del neoliberalismo. Esa tendencia funciona en un sentido particular: desprofesionaliza al agricultor y le expropia la vocación —en su sentido weberiano— de grupo con propósitos y medios de prosecución, eficientes a la existencia de un grupo social.

El vacío en la producción en amplias regiones del país es, en el marco de la destrucción que sufre el medio rural, un proceso de pérdida de costumbres productivas, de medios intergeneracionales de transmisión de conocimientos, de pérdida de formas colectivas de aprecio por el terruño, de formas comunales de deliberación de estrategias de adopción o innovación tecnológica y de pérdida del sentido de grupo profesional. Esta es la explicación del sentido social de la migración rural.

Las migraciones de péndulo, que incluso fueron funcionales a la sobrevivencia campesina, hoy ya no tienen espacios contraídos donde pueda oscilar el péndulo. Las migraciones son de tal duración que el conocimiento y deseo de cultivo de su tierra se va perdiendo en la memoria. Hay, en efecto, una tendencia a la desconstrucción del sujeto rural a través de la individualización y de la pérdida de las habilidades profesionales del campesino mexicano. Por eso llama la atención de modo tan poderoso el surgimiento de contratendencias en el plano local del mundo rural.

### **Competitividad económica y social: los signos de los tiempos**

México es un país donde plantear el problema de la eficiencia económica parece tener menos resistencia que el tema ético, no sólo por el angustiante clima de violencia y corrupción en lo que Hegel suponía el reino de la eticidad. La importancia de lo económico se ubica más en un orden particular de nuestra población.

México no se ha nutrido de inmigrantes como Estados Unidos. Allá el pluralismo étnico proveyó una disposición al trabajo fortalecido con las buenas venas del protestantismo, con las buenas tierras de los indios y con la envejecida competencia europea que pronto les cedió su lugar como exportadores de trigo. A Mesoamérica llegaron otros colonizadores, se encontraron otra población, impu-

sieron otra religión y formaron otro mundo ético. Ni mejor ni peor, sólo distinto.

El presente nos ha puesto en una situación de estrechas relaciones económicas y políticas en las que es indispensable analizar y producir equivalentes relaciones de cambio. Sea cual fuere la opinión que despierte la posibilidad de competir con nuestros vecinos-socios, sin duda, es necesario no relacionarse con ellos sin mejorar los niveles de eficiencia económica con los que se manejan las empresas o los empresarios mexicanos.

Y aunque los ejemplos sean raros, mucho más si se buscan en el mundo rural, éstos existen y, lo que es más sorprendente, son extraordinariamente relevantes en términos de la relación aquí analizada.

Se pueden mencionar tres tipos de experiencias: 1) grupos tradicionales de productores rurales que ante la liberación de la producción agropecuaria han desarrollado estrategias de gestión de su cadena productiva que eleva notoriamente la eficiencia económica de ésta, y que hace abrigar esperanzas de su reacomodo en el universo de oferentes de productos básicos; 2) productores de tipo empresarial que han localizado excelentes nichos en un tipo de mercado emergente y que eso les ha permitido reforzar sus relaciones de asociación; y 3) productores tradicionales de cultivos de origen colonial que exportan en notables condiciones de desventaja social, pero que han logrado la conquista de esos mercados emergentes al plantear de modo posmoderno la gestión de sus recursos naturales.

En los dos primeros casos se pueden encontrar rasgos “modelables” de una ética social emergente, que ha podido establecer relaciones de afinidad con el nuevo esquema de la producción mundial y que, en el sentido exactamente inverso de la ética neoliberal, supone la cooperación. En el último caso se hallan visos de una esperanza más profunda de planteamiento y resolución de una idea que hasta ahora, conocida como socialismo, había perdido valor ante el embate neoliberal.

Los productores de maíz del occidente de México, en especial los situados cerca de la laguna de Magdalena (Jalisco) han vivido un proceso de recomposición de la cadena productiva debido a los cambios introducidos por el neoliberalismo mexicano. El sector

pasó de un régimen de producción altamente subsidiado a un esquema de subsidios restringidos y pagados, no en el precio del producto sino como cobertura al área dedicada a la producción de maíz.

La cadena de producción ha tendido a elevar su eficiencia para abatir costos de la producción de la tortilla y absorber la disminución de las transferencias directas al precio. Un elemento central ha sido la desincorporación de la empresa estatal comercializadora, lo que impuso la necesidad de tomar este proceso bajo la responsabilidad directa de los productores.

Los productores de Jalisco avanzaron rápidamente al formar una comercializadora de occidente, COMAGRO, cuyo propósito fue acopiar maíz, servir de medio de eficiencia tecnológica en las decisiones de siembra, cultivo y cosecha y, finalmente, abatir costos de adquisición de insumos agrícolas regionales (semillas, fertilizantes y maquinaria agrícola).

Los efectos en rendimientos por superficie han sido notorios llegando a cosechar hasta 8 ton/ha de maíz, cifra muy superior al promedio nacional. La cobertura en fertilizantes se ha extendido y eso ha permitido un mayor margen de utilidades en la COMAGRO. La oferta de fertilizante se ha hecho por medio de acuerdos regionales que disminuyen la erogación líquida del productor al momento de la siembra y el cultivo. Para poner el fertilizante en la parcela del productor se anticipa la oferta del insumo sobre el compromiso de los pagos del programa de PROCAMPO de modo que la operación financiera no incremente el riesgo de operación de la COMAGRO.

Por medio de un sistema automatizado de registro de cada productor se ha podido contabilizar el uso de fertilizante y, en consecuencia, el descuento de los cheques de PROCAMPO. Esta operación, desde luego, está basada en un acuerdo regional de productores con las oficinas públicas encargadas de la administración de PROCAMPO.

En el nivel regional, esta comercializadora representa una instancia de coordinación de decisiones productivas, cuya capacidad de mando e innovación productiva muestra buenas perspectivas de permanencia de productores en una actividad muy castigada por la liberalización, e inminentemente amenazada por la competencia internacional.

Esta presencia en el espacio regional tiene un significado especial. Los productores de la COMAGRO tienen como rasgo particular

que no se identifican con los campesinos del centro-sur de México ni son miembros de ese tipo de agrupaciones de propietarios privados empresariales preocupados por organizaciones de clase con pretensiones de poder político a través de alianzas especiales con el Estado. Son, en sentido estricto, *rancheros* cuya forma de organización productiva es un tipo de organización social.

Los *rancheros* del occidente tienen un peso particular en la producción de maíz en México. Al lado de Chiapas y del estado de México la región occidental se había convertido en la principal productora de maíz. Más allá de eso hubo un tiempo en que la imagen de nuestro país se asoció con la de los pobladores de esa zona de México. Luis González denominó a ese fenómeno la “occidentalización de México”, y sin duda se refería a un proceso de formación de identidad nacional poco tratado por los historiadores nacionales.<sup>17</sup> Este proceso identitario nacional ocurrió en el cine, en la literatura, en la producción, en la presencia regional, etcétera. Así se crearon las leyendas de los “charros cantores”, del hombre de temple, del héroe noble, de Lucha Reyes y de Jorge Negrete.

Las rusticidad del pueblo mexicano colonizó con orgullo algunas zonas del país. Recogió un fenómeno que se fortalecía culturalmente a pesar de su decandencia política frente al proceso de centralización ya maduro en la segunda mitad de la década de los treinta. Con sólo recordar esos personajes del cine nacional y el entorno rústico-productivo sería suficiente para entender la fuerza de cohesión regional y nacional de esa “ética charra”.

La eficiencia económica de los negocios del *ranchero* ha sido documentada por estudios de larga duración.<sup>18</sup> La flexibilización de su actual estructura productiva y su búsqueda de mayores niveles de eficiencia regional por medio de la cooperación probablemente están dando cuenta de la vitalidad de esa ética regional que, ahora, en un contexto de desconstrucción del centralismo,

<sup>17</sup> Véase el reciente trabajo sobre este tema publicado por E. Barragán, O. Hoffman, Th. Linck y D. Skerrit (coords.) *Rancheros y sociedades rancheras*, Zamora, 1994. Brading advierte sobre los problemas que aún existen para la definición del *ranchero*, pero al mismo tiempo está de acuerdo en que son unidades sociales que comparten determinados valores. Uno de esos es su actitud frente a la colonización del territorio nacional y, cuestión por investigar, su estrecha relación con la ganadería.

<sup>18</sup> Véase D. Brading, “A 25 años del encuentro con *rancheros*”, en E. Barragán *et al. op. cit.*, pp. 329-334.

propone la permanencia de la identidad regional como medio de eficiencia económica.

La reacción económica a los procesos de apertura comercial, a la desincorporación de buena parte del sector estatal-agropecuario, tiene también ejemplos de eficiencia económica en cultivos de mayor fragilidad en el mercado internacional. Si en un sentido cultural regional los productores de maíz permiten entender el valor de la organización de productores, en un sentido estrictamente productivo se pueden encontrar otro tipo de desarrollos económicos. Es el caso de exportadores a nuevos mercados en desarrollo, conocidos como mercados de calidad, o más claramente mercados de productos orgánicos.

En San José de los Cabos (Baja California Sur) la bandera sexenal de la apertura comercial identificó a un pequeño grupo de productores familiares que, asociados con un estadounidense, sumaron seis agricultores dispuestos a entrar en el mercado de hortalizas orgánicas. Por coincidencia, la liberalización trajo noticias menos estrepitosas, pero de gran importancia para ciertos productores. En los países centrales se desarrollaba una creciente conciencia entre los consumidores que les alertaba de los riesgos de seguir consumiendo alimentos con altos contenidos tóxicos derivados de la práctica indiscriminada del uso de agroquímicos.

En países europeos, en Estados Unidos, en Asia, etcétera, el activismo de los movimientos de consumidores planteó directamente la necesidad de luchar por una determinada calidad de vida. Quizá porque en esas sociedades la satisfacción de necesidades básicas pasó a ser un *motivo de acción social secundario*, o tal vez por el avance de la contaminación ambiental, o por el progreso de los movimientos ecologistas que descubrieron el perjuicio de la agroindustrialización de los bienes primarios; de cualquier modo, se animó el deseo de incorporar la lucha por la calidad de vida, como uno de los derechos humanos por los que se inició la Revolución francesa.

Esta búsqueda pudo parecer marginal hace unos cuantos años, pero la velocidad con que crece la demanda de productos orgánicos y la estrecha relación de los productores con un “mercado solidario”, distinto por esa razón del mercado libre o convencional, pone en cuestión el sentido mismo del vínculo neoliberal sobre ética y eficiencia económica. Esta emergencia del mercado orgánico ha puesto

en entredicho, en términos prácticos, el supuesto neoliberal. La eficiencia puede no cambiar si se cambia el objetivo de las teorías utilitaristas de la economía. Pero ese cambio de objetivos hacia una mejor calidad de vida cambia naturalmente las relaciones entre productores y consumidores y entre estructuras de apreciación social y libre mercado.<sup>19</sup>

Retornando al caso que aquí interesa presentar es todavía más llamativo constatar que en los últimos años el premio a los exportadores se entregó a esos bajacalifornianos mencionados y, en 1995, a los productores de café orgánico de las comunidades de Mam de la Sierra de Motozintla en Chiapas.

Los horticultores de Baja California pasaron en un breve periodo a sumar alrededor de 155 socios. Cada uno de ellos ha obtenido un promedio de 115 mil pesos anuales en su actividad. En un paisaje donde los espacios para la horticultura son demasiado restringidos, estos productores seleccionan pequeños lotes en espacios dispersos para cultivar de manera intensiva productos, como calabaza, tomate, jitomate, cebolla, etcétera, sin uso de agroquímicos pero con altos rendimientos por hectárea.<sup>20</sup> Las decisiones de siembra están calculadas en estrecha relación con las señales del mercado orgánico. Cuando crece la demanda en zonas de destino diferente al hasta entonces manejado por los productores, éstos se enlazan a ese mercado y proveen de modo directo, *just on time*, a los consumidores abatiendo los costos de intermediación.

El manejo productivo requiere un alto sentido de la cooperación, pues un solo productor es incapaz de resolver todos los problemas que le plantea el uso del sistema de producción de hortalizas orgánico y el manejo de la cadena de producción-distribución. Al mismo tiempo implica una gran conciencia profesional del productor orgánico que no puede ceder a la tentación de hacer crecer su productividad por medios convencionales. La circulación de

<sup>19</sup> Empíricamente nos hallamos aquí en el caso que la lógica ha postulado como una inconsistencia del egoísmo utilitarista. Como señala Sen: "... cualquier desviación del comportamiento egoísta puede amenazar la consecución de la optimalidad de Pareto. Pero no es verdad que cualquier cambio de estado óptimo en el sentido de Pareto a un óptimo no paretiano deba reducir la utilidad agregada".

<sup>20</sup> Todavía no se ha podido resolver el problema del abasto local de fertilizantes orgánicos y se depende de la importación. Pero al respecto se ensayan abonos verdes sustitutivos de otros de origen marino.

sus productos depende de un certificado de organicidad de su producción, pero ante todo depende de que los socios de la organización no contaminen de agroquímicos sus parcelas o sus surcos.

Este mismo fenómeno se observa en las comunidades cafetaleras de Chiapas que se concentran en la producción de café orgánico. Como en el caso de las hortalizas, el café orgánico no debe contener agroquímicos y esta calidad de producción recibe un sobreprecio que puede ir del 30 al 40% respecto del precio del mercado convencional.

A diferencia de los productos hortícolas, el café obtiene un sobreprecio y además tiene un mercado seguro dentro del mercado solidario europeo “de productor a productor”. No se ha ocupado de ir a mercados más abiertos porque la producción es casi exclusiva para ese mercado solidario. El mercado orgánico de café se desarrolló en México en la peor crisis de los precios internacionales en momentos de la disolución de la paraestatal INMECAFE. Y finalmente, se contó con grupos de productores indígenas en zonas alejadas de los mercados de consumo y de difícil acceso.

En esas difíciles condiciones los productores de café orgánico muestran rasgos muy positivos de los nuevos modos de gestión del espacio productivo. El descubrimiento de los mercados de productos orgánicos tiene un sentido sociohistórico de mayor alcance en esas comunidades indígenas que en los nuevos grupos de productores pioneros de zonas como el norte del país, no porque sean mejores o preferibles. Las ventajas de su acción derivan más bien de su peculiar sistema de producción y del contenido que esos sistemas de producción le pueden dar al tema de calidad de vida transformado en el problema del desarrollo sustentable.

En realidad se puede asegurar que, por razones de corte agroecológico, el tipo de sistema de producción de café en Chiapas estimula la formación de plantas de café sombreadas por vegetación de alcance medio que protegen la planta de café y que no compiten demasiado con los nutrientes del suelo. Este sistema de café de sombra, generalizado en Chiapas, requiere un manejo particular que no limite los procesos de fotosíntesis del cafetal de modo que su producto sea bueno y en cantidad suficiente.

Este sistema asegura un ciclo de restitución de nutrientes al suelo que provienen tanto del follaje de los arbustos de sombra

como del propio cafetal. En las pendientes pronunciadas de las zonas cafetaleras la densidad de la vegetación permite procesos menos notorios de pérdida de suelo por deslaves; los altos índices de precipitación pluvial, en cambio, permiten una putrefacción acelerada de la materia depositada en el suelo. De esta manera se obtienen mejores suelos, mejores rendimientos y mucho mejor manejo del conjunto del área de producción.

Por si esto fuera poco, el tipo de comercialización al mercado orgánico ha impuesto la tarea de que las zonas productoras fertilicen con “abonos verdes”, producidos familiarmente, esas zonas del cafetal. Aunque la incorporación de más nutrientes al suelo pudiera ser discutible en el sistema de manejo ya expuesto, el efecto del trabajo familiar, por recomendación del mercado, permite una mayor incorporación de las familias a la producción. Este sistema amplía las bases ocupacionales de las familias indígenas.

La discusión sobre la sustentabilidad de este sistema a largo plazo, de modo que no se comprometan los recursos productivos en las relaciones intergeneracionales, puede ser interesante y ha presionado a la investigación cuantitativa sobre métodos de evaluación de las zonas productoras de café. Se idean métodos de certificación y métodos de evaluación de la restitución de nutrientes al suelo; se proponen técnicas nuevas y mejores medios de comercialización.

Queda por destacar un elemento sustancial: la presencia de la cohesión religiosa como elemento de ordenación de las prácticas comunitarias que refuerzan la identidad colectiva. No se puede negar el papel que desempeña el discurso religioso en la cohesión de esas organizaciones de productores. La Teología de la Liberación ha contribuido como medio de cohesión social y, más decisivamente, como discurso orientador de una ética que piensa y dirige la acción social en relaciones cuyo principio es la reciprocidad. En términos de la relación con la naturaleza —restituirle nutrientes— como en las relaciones de los miembros de la comunidad —simetría social, decían los antropólogos—, se trata de un discurso electivamente adecuado a las formas tradicionales de la cohesión indígena. Agrega un elemento productivo de eficiencia en su relación con el exterior que permite la selección de granos de café destinados a una vocación social cualitativamente mejor.

Este punto, quizá, propicia la reunión de los elementos hasta aquí expuestos.

En estos casos de comunidades indígenas con estrategias de inserción en el mercado de café orgánico, probablemente el principio de obediencia a un mandato divino permuta la gran responsabilidad de observancia, de la norma de “no contaminar” y “conservar el medio natural”. La observancia de las reglas, según la filosofía política, siempre es más probable en el creyente que en el ateo. Locke llegó al extremo de recomendar la marginación social de los grupos de ateos precisamente por esa razón.

Al mismo tiempo, el tipo de doctrina religiosa les ha permitido, a los productores orgánicos, buscar por medio de la Teología de la Liberación, una decodificación de la palabra de Dios para hallar signos de su “buen obrar” en su entorno inmediato y no sólo en la expiación de sus culpas. Ahí, es probable que se refuerce la afinidad electiva entre eficiencia económica y ética religiosa.

En síntesis, se puede decir que existen ejemplos claros en el mundo rural mexicano de un especial nexo ética-eficiencia económica con resultados altamente alentadores. Como en los casos que aquí se han descrito de modo tan apretado, es posible reunir mayor evidencia. Productores de sorgo del Valle de Santiago en Guanajuato, productores de ajonjolí orgánico en Michoacán, de miel orgánica en Nayarit, etcétera. Unos con más éxito que otros, unos con mayor profesionalización que otros, pero en todos los casos el testimonio de la probabilidad histórica de una orientación de su acción con el ejercicio de lo que aquí se ha denominado ética.

Las orientaciones éticas que se encontraron son discontinuas y no siempre expansivas, pero señalan medios de expansión y de continuidad. Expresan posibilidades de integración territorial más ventajosas que el centralismo ineficiente de nuestro Estado. Muestran formas de identidad territorial y cultural de gran sentido nacional. Recogen el larguísimo itinerario de lucha de las comunidades étnicas. Enseñan medios de capacitación y apego al terruño productivo con alto potencial de resolución de problemas de calidad de vida. No tienen, empero, medios para contrarrestar las tendencias de fragilidad social del mundo rural. Ni pueden detener los procesos de migración, ni actúan sobre la política monetaria o financiera. No pueden ellos solos detener la competencia de las importaciones estadouni-

denses; tampoco son escuchados por quienes definen la política comercial.

Estas limitaciones no son de orden teórico. Lo más evidente es que esas orientaciones éticas no corresponden a la lógica ni prácticamente al discurso neoliberal del Estado mexicano por más que el nuestro sea un neoliberalismo “a la mexicana”. Como lo señaló Hegel y lo re-elaboró la sociología de Max Weber, la orientación de una sociedad se resume en los modos de dominación estatal. El gran dilema es que la ética que hoy domina no tiene la menor preocupación de recoger el sentido de la acción de su población para resolver el asunto de la eficiencia. Supone, y en eso radica su error, que es posible alcanzar la eficiencia económica sólo con separar esa ética de los imperativos de la conducta; es decir, de la ética.

Para la ciencia social es posible modelar esas conductas particulares y construir un tipo ideal que permita entender cuánto se aleja de ese sendero, o cuánto se aleja el éxito del desarrollo nacional de los deseos sociales de grandes grupos de la población, incluidos los propietarios originales de este territorio.

## **Consideraciones finales**

La competitividad parece constituir un tema ineludible al analizar el mundo real. Esta competitividad, se ha sostenido aquí, se observa mejor si se piensa en lo prolongado de la crisis estructural de la producción agropecuaria y se examina el desprecio que sienten los encargados de fijar las políticas oficiales por esa producción y el abandono en que la tienen.

Si bien no se puede entender el problema como un asunto reducido a la relaciones de explotación que estructuran la vida de los campesinos, no es porque no existan esas relaciones, sino porque es poco sustentable la idea de que es posible solucionar sus problemas por medio de las ventajas competitivas.

En este sentido, sólo se somete a competencias externas a un sector al cual se le orilló en el corto plazo a comparar sus condiciones de producción con las de países de larga preparación en la ocupación del mercado mundial. Se enfrentan, para decirlo de otra

manera, tendencias de largo plazo con plazos cortos de ajuste estructural.

En cambio, si se aguja la mirada tras los resultados agregados de la política neoliberal, se pueden observar bloques sumamente significativos de productores rurales alentados por la búsqueda de mejores ingresos que compiten en nuevos mercados. Mercados de calidad urbano-nacionales o regionales y mercados de calidad en el mundo desarrollado. Esa capacidad posee un doble sentido: compiten en situaciones reales de competencia global y portan, competitivamente, una señal de elevación cualitativa de las condiciones de vida de la sociedad presente.

Los nuevos sujetos sociales cuya relevancia se ha enfatizado aquí, lo son no porque sean producto nuevo de las últimas tendencias de la crisis (¿terminal?) del capitalismo neoliberal, sino porque plantean de nuevo el problema de la aspiración social a una vida sin pobreza pero con calidad de vida: una vida sustentable a largo plazo.

Quizá esa novedad permita algo de optimismo en quienes perdieron, en la polvareda del derrumbe del socialismo, la esperanza fundada en una vida mejor.

## **Bibliografía**

- Barragán, E. *et al.* (coords.), *Rancheros y sociedades rancheras*, El Colegio de Michoacán, 1994.
- De la Peña, T., “Programa maestro de la agricultura”, en *ENLACE*, año 1, núm. 6, p. 30.
- El Financiero*, 10 de octubre de 1996.
- Espinoza, V., “Pequeña empresa”, en A. Warman (coord.), *La política social en México, 1989-1994*, FCE, México, 1994, pp. 327-328.
- Flores, V., *Diagnóstico, problemáticas y alternativas de desarrollo sectorial agropecuario en México: Abasto, consumo y comercialización*, CRUS, Chapingo, mimeo.
- Ibarra, D., “Problemas institucionales y financieros de la agricultura”, en *Comercio exterior*, vol. 45, núm.9, México, 1995, p. 643.

- Lusting, Nora, "El efecto social del ajuste" en Lusting *et al.*, *México: auge, crisis y ajuste*, FCE, Lecturas, núm. 73, vol. 3, México, 1992, p. 201.
- Mejía, P. y S. Sarmiento, *La lucha indígena: un reto para la ortodoxia*, Siglo XXI, UNAM, México, 1987.
- Paré, Luisa, *Las voces del campo*, UAM, México, 1988.
- \_\_\_\_\_, "Movimiento campesino: política agraria en México, 1976", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, 1985, pp. 85-114.
- Rello, F., "Ajuste macroeconómico y política agrícola en México", en N. Lusting *et al.*, *México: auge, crisis y ajuste*, FCE, Lecturas, núm. 73, vol. 3, México, 1992, pp. 372-393.
- Shwedel, K., "La competitividad del sector agroindustrial", en F. Clavijo y J. Casar, *La industria mexicana en el mercado mundial*, FCE, Lectura, núm. 80, vol. II, 1996, pp. 9-92.
- Torres, T., *El sistema poscosecha y la alimentación nacional. El sistema poscosecha de granos en el nivel rural: problemática y propuestas*, UNAM, México, 1995.